

Gregory Benford
**EN CARNE
ALIENIGENA**



Lo mejor del autor de *Cronopaisaje*,
el escritor que ha sido considerado como
el sucesor de Arthur C. Clarke.

Gregory Benford es el autor de una serie de clásicos contemporáneos de ciencia ficción, entre los que cabe destacar su multipremiada *Cronopaisaje*, *En el océano de la noche*, *Contra el infinito* y *Artefacto*, todas ellas publicadas en español, y en las que su perfecto dominio de la más sofisticada ciencia contemporánea (Benford es astrofísico y profesor de física) se conjuga perfectamente con la intriga y la precisión literarias. Ganador de varios premios por su obra, entre ellos el prestigioso Nebula, concedido por la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción de América, sus relatos han sido nominados seis veces para el Nebula y tres para el Hugo, y durante más de veinte años han estado apareciendo regularmente en las más prestigiosas revistas y antologías del género.

Benford ha deseado reunir en un volumen lo más selecto de esta producción, y el resultado ha sido *En carne alienígena*. Aquí se hallan recopilados una serie de clásicos, como *Criaturas blancas* y *Efectos relativistas*, o su reciente y controvertida novela corta *Hacia el tormentoso Golfo*. Casi todos ellos han sido nominados para algún premio, y varios han sido revisados especialmente para esta edición. Además, Benford ha incluido tras cada uno unas palabras finales que complementan, iluminan y rematan cada relato.

En carne alienígena es, para todos los amantes de la ciencia ficción tecnológica, y en especial de Gregory Benford, un bocado exquisito, a paladear con delectación y a conservar en un lugar destacado de la biblioteca.

Incluye comentarios del autor a todas las historias.

- *Sangre sobre cristal*
- *En carne alienígena* 6.º del Premio Locus (1979) [Relato]
- *Jirones de tiempo*
- *Redentora* 5.º del Premio Locus (1980) [Relato Corto]
- *Secuestra el bot*

- **Efectos relativistas** 19.º del Premio Locus (1983) [Relato]
- **El fin de la mañana**
- **Hacia el tormentoso Golfo**
- **Criaturas blancas** 2.º del Premio Nebula (1976) [Relato Corto]
- **Yo/Días**
- **Del espaciotiempo y el río**
- **Exposiciones** 7.º del Premio Locus (1982) [Relato Corto]
- **El roce del tiempo**
- **Ser Lennon** 2.º del Premio Hugo (1976) [Relato Corto]
 - 2.º del Premio Nebula (1976) [Relato Corto]
 - 5.º del Premio Locus (1976) [Relato Corto]

A las dos personas que toleraron el tiempo que
me tomó,
Alyson y Mark

Sangre sobre cristal

*La naturaleza no sabe nada de la muerte,
no en el lánguido y relamido maullar del gato,
no en el alocado patear del antílope
mientras el león devora su alimento.
Ni en el alzarse del lento mar en la marea
al compás de los gradientes de una estrella,
ni en el asentimiento de una flor, la frenética danza
de
un insecto.
Vivir es todo lo que ve siempre el mundo.
Desconoce por completo las alternativas.*

*Pero pensad en los alienígenas que moran tras las
rejas
de las antiguas memorias enjauladas
de los primitivos seres, nacidos antes
de que los soles ardieran y se dispersaran.
Han olvidado su nacimiento y,
encerrados en fríos cubículos, no conocen el fin.
Si alguna vez nos encontramos con ellos nos verán
como sacos de fibras entrañas,
piel brillante de grasa,
la comida metida entre los dientes
en nuestra prisa del desayuno interrumpido.
Paleando basura, con amarilla grasa encajada
entre quebradizas varillas de calcio, correosos mús-
culos
siempre tensos, haciendo que la jaula de marioneta*

*de los huesos anhele partir hacia delante.
En nuestras librerías hay textos
de arte agonizante, un nuevo tipo de habilidad
que debemos aprender: identificar los seis estadios
(rechazo de las noticias; depresión; estadio de calma;
devorar el mundo; deslizarse; seguir adelante).
Somos obras en progreso,
suspendidas entre el incauto debatirse del ratón
y las promesas de infinitos cristalinos.
Esos alienígenas, pues, son como animales.
Sólo en nosotros y en nuestra inclinación eterna hacia
delante
puede vivir la muerte.
Cada intenso momento es libre.
Y todo lo que puede ocurrir
tal vez ya exista.*

En carne alienígena

1

... verdes olas lamiendo, frías...

La mano de Reginri se agitó convulsivamente sobre las sábanas. Sus ojos estaban cerrados.

... plateadas monedas deslizándose y girando en el moteado cielo, eclipsando el sol...

Las sábanas eran un pegajoso pantano. Se agitó, presa de ellas.

... una canción campanilleante, deslizando fríos riachuelos que lavaban su piel...

Abrió los ojos.

Una amarillenta cuchilla de vespertina luz solar colgaba en medio de la habitación, con girantes motas de polvo nadando en ella. Jadeó, inspirando leves bocanadas de aire. Belej estaba de pie al lado de la cama.

—Han vuelto de nuevo, ¿eh? —dijo ella, casi en un susurro.

—S... sí. —Notó su garganta seca y constreñida.

—Esto no puede seguir así, querido. Creíamos que podrías dormir mejor de día, con todo el mundo fuera en los campos, pero...

—Tengo que salir de aquí —murmuró él. Saltó de la cama y se puso su mono negro de trabajo. Belej guardó silencio, parpadeando rápidamente, mordiéndose el labio inferior. Reginri se ató las botas y salió de la habitación dando un portazo. Sus pasos resonaron huecamente, fuera, en las planchas del suelo. Ella los escuchó alejarse apresurada-

mente pasillo abajo. Se detuvieron unos instantes; el silencio sin aire regresó. Luego la puerta exterior crujió, se cerró de golpe.

Se apresuró tras él.

Lo alcanzó cerca del borde del cañón, a un centenar de metros de los edificios de troncos. Él la miró. Se rascó el revuelto pelo y hundió los hombros hacia delante.

—Ese fue bastante malo —dijo con voz rígida.

—Si siguen haciéndose peores...

—No lo harán.

—Esperemos. Pero no lo sabemos. Si comprendiera de qué tratan...

—No puedo describirlos. Son distintos cada vez. La sensación parece la misma, pero... —Algo de calor había vuelto a su voz—. Es duro.

Belej se sentó cerca del borde del cañón. Alzó la vista hacia él. Sus cejas parecieron anudarse encima de sus grandes ojos oscuros.

—De acuerdo —dijo, cambiando bruscamente de humor, dejando que una entonación particular asomara a su voz—. Uno, no sé de qué tratan. Dos, no sé de dónde vienen. Esa horrible expedición en la que participaste supongo, pero ni siquiera respecto a eso has sido claro. Tres, no se por qué insististe en unirte a su sucia expedición en...

—Te lo dije, maldita sea. Tenía que ir.

—Querías el dinero extra —dijo llanamente Belej. Apoyó una pequeña mano en su barbilla.

—No era dinero *extra*, era simplemente *dinero*. —Miró con ojos furiosos al abrupto cañón bajo ellos. El tranquilo aire acusador de ella lo irritaba.

—Eres un cosechador. Hubieras encontrado trabajo.

—La estación era mala. Fue el año pasado, recuérdalo. Las cosechas no fueron buenas.

—Pero oíste hablar de esos Sasuke y Leo, escuchaste lo que la gente decía de ellos...

—Vanleo, ese es el nombre. No Leo.

—Bueno, no importa. No tenías que trabajar para ellos.

—No, claro que no —dijo él salvajemente—. Podía haberme quemado el culo a los mandos de un saltacampos en la estación de plantado, doce horas al día, por una paga de treinta unidades como máximo. Y cuando me cansara de eso, o me hubiera roto una pierna, quizás hubiera podido firmar para el circuito de los mohos como un zángano. —Recogió una piedra y la arrojó a lo lejos por encima del borde del cañón—. Una gran vida.

Belej hizo una larga pausa. Al final del cañón, en uno de los lados, una bruma rosada rezumaba por entre los picos más altos y empezaba a derramarse hacia abajo, ganando velocidad. Zeta del Retículo aún estaba alta en el moteado cielo azul, pero el frío empezaba a ascender del fondo del cañón. El viento arrastraba consigo un aroma acre.

Reginri frunció la nariz. En el término de una hora tendrían que volver dentro. La débil bruma rojiza se espesaría. Era buena para la vida vegetal de *Persenuae* del norte, pero para los pulmones humanos era un irritante terrible.

Belej suspiró.

—De todos modos —dijo suavemente—, no estabas obligado a ir. Si hubieras sabido que sería así...

—Sí —admitió él, y algo se revolvió en su estómago—. Si alguien lo hubiera sabido.

2

Al principio no fue el drongheda lo que halló inquietante. Fue la playa en sí y, sobre todo, las olas.

Lamían sus pies con una lenta energía absorbente, mirando la gruesa arena bajo sus botas. Empezaron como pequeñas olitas que avanzaban desde el gris horizonte y silbaban lentamente subiendo la negra playa. Reginri observó una de ellas rizarse en espuma verdosa un poco más lejos; la marea estaba bajando.

—¿Por qué son tan lentas? —dijo.

Sasuke alzó la vista del maletín multibolsillos.

—¿Qué?

—¿Por qué se toman las olas tanto tiempo?

Sasuke se inclinó unos instantes y estudió la majestuosa superficie, orlada de amarillentas algas. Ocasionalmente, una ola grande se rompía y chapoteaba contra las irregulares rocas de lava un poco más allá.

—Nunca se me ha ocurrido pensar en ello —dijo—. Supongo que es porque la gravedad es menor.

—Hum —se encogió de hombros Reginri.

Un pez espumador rompió la superficie del agua y saltó hacia algo en el aire. De alguna forma, el trivial asunto de las olas lo inquietaba. Se agitó intranquilo en su trajepiel.

—Supongo que el acostumbrarte a la baja gravedad no te prepara para todo —dijo. Sasuke no le oyó; estaba recogiendo los transmisores, los cables y el resto del equipo.

Reginri no pudo resistirlo más. Sacó sus binoculares y miró al drongheda.

Al principio parecía una lisa roca amarronada, pulida por el agua y sin edad. Y los informes eran correctos: avanzaba hacia tierra firme. Se alzaba como una enorme ampolla en el agitado mar. Frunció los ojos, intentando ver el oscuro círculo del agujero del pozo en su costado. Allá, sí, había una sombra imprecisa orlada de moteado rojo. En el centro, más oscura, estaba la entrada. Parecía imposiblemente pequeña.

Bajó los binoculares, parpadeando. Zeta del Retículo ardía bajo en el plano horizonte, un intenso punto naranja que parecía cortar como una cuchilla el tenue aire de aquel planeta.

—Dios, podría hacerlo con un impulsor a cohete —dijo Reginri.

—Nada de eso, necesitarás tus talentos ahí dentro —dijo suavemente Sasuke—. Además, no hay dispersor de humos en estos trajes.

—Exacto. —Reginri se preguntó si el maldito dinero valía todo aquello. Allá en Persenuae (alzó la vista hacia el empurpurado cielo y lo encontró, un resplandor perlino anidado cerca de Zeta) había parecido una buena apuesta, un rápido y fácil mordisco de un poco de dinero, una especie de misión científica con un poco de aroma de aventura. Mejor que cualquier agrotrabajo, al menos. Una paga mucho mejor que cualquier otra cosa que pudiera encontrar con su limitado entrenamiento, una mezcla de electrónica y técnicas de fabricación. Sabía también un poco de matemáticas, aunque no las suficientes como para que tuvieran importancia. Y eso no significaba nada para aquel trabajo, le había dicho Sasuke, pese a que las matemáticas eran el punto crucial de todo el asunto.

Sonrió para sí mismo. Un extraño pensamiento, el que aquellas líneas que se retorcían en la hoja de papel fueran un artículo de alto valor comercial, algo a cambio de lo cual la gente de la Tierra enviaría una nave llena de elementos microelectrónicos y células producidas por la ingeniería biológica...

—¿Me ayudas aquí? —dijo secamente Sasuke.

—¿Eh? Oh, lo siento.

Reginri se arrodilló y ayudó al hombre a desenrollar el cableado y a comprobar los conectores. Seguro en la parte más alta de la playa, más allá de la primera línea pálida de las dunas de arena, se hallaba el equipo electrónico y la gente que, ya en sus lugares, monitorizaría el proceso mientras él y Vanleo estaban dentro.

Mientras los dos hombres desenrollaban los cables, tendiendo las líneas y comprobando las conexiones, Reginri miró ocasionalmente al drongheda. Era inmenso, mucho más grande de lo que había imaginado. Las reproducciones tridi simplemente no podían dar idea de la enormidad de la cosa. Se agitaba suavemente en los bajíos, a no más de doscientos metros de distancia ahora.

—Ha dejado de moverse —dijo.

—Por supuesto. Se quedará ahí durante días, apuesta lo que quieras —dijo Sasuke sin alzar la vista. Insertó su sonda de diagnóstico en cada alvéolo, observando atentamente los medidores. Era metódico, seguro de sí mismo..., exactamente el tipo de hombre idóneo para manejar la parte técnica del asunto, pensó Reginri.

—Ese es el punto clave, ¿no? Quiero decir, la cosa va a quedarse ahí sin moverse.

—Exacto.

—Eso es lo que tú dices. No va a darse la vuelta sobre si misma mientras nosotros estamos dentro, porque nunca lo ha hecho.

Sasuke dejó de trabajar y frunció el ceño. Reginri pudo ver a través de la burbuja de su casco que los labios del hombre se apretaban fuertemente.

—Vosotros siempre os echáis a temblar aquí en la playa. Nunca falla. El último equipo que tuve conmigo ahí fuera se cagó en los pantalones al momento mismo de ver al primer drongheda.

—A ti te resulta muy fácil decirlo. No has estado dentro.

—He estado dentro, amigo. Tú no has estado. Haz lo que decimos, lo que Vanleo y yo te explicamos, y todo irá bien.

—¿Es eso lo que le dijiste al último tipo que trabajó con vosotros?

Sasuke alzó secamente la vista.

—¿Kaufmann? ¿Hablaste con él?

—No. Un amigo mío le conoce.

—Tu amigo tiene malas compañías.

—Seguro, incluido yo.

—Quiero decir...

—Kaufmann no abandonó sin una razón, ¿sabes?

—Era un cobarde —dijo Sasuke con voz firme.

—Tal como él lo dice, simplemente no era tan estúpido como para seguir trabajando dentro de esta cosa de la forma que vosotros queráis. Con este equipo.

—No hay ninguna otra forma.

Reginri señaló hacia las algas.

—Podríais poner algo automático dentro. Implantar un sensor.

—¿Que transmita a través de treinta metros de grasa animal? ¿A través de toda esa carne? ¿De una forma fiable? ¿Con la suficiente intensidad? ¡Ja!

Reginri hizo una pausa. Sabía que no era prudente empujar a Sasuke por aquel camino, pero los rumores que había oído de Kaufmann le hacían sentirse intranquilo. Miró hacia atrás, hacia la tierra firme desprovista de vida. Playa adentro, Vanleo se había inclinado para inspeccionar algo, arrodillado sobre la compactada arena. Probablemente estudiaba una roca..., nada vivo se arrastraba o deslizaba sobre aquella playa.

Se encogió de hombros.

—Comprendo eso, pero ¿por qué tenemos que permanecer dentro tanto tiempo? ¿Por qué no simplemente entramos, plantamos los transmisores y salimos?

—No se mantendrán en su sitio. Si el drongheda se mueve, aunque sólo sea un poco, saltarán fuera.

—No los hagáis tan malditamente delicados.

—Amigo, no puedes clavarlos con clavos ahí dentro. Lo que buscamos es una terminación neural, no una conexión estatofónica.

—¿Así que tengo que meterme hasta el fondo? ¿Sentarme ahí en esas enormes entrañas y empezar a sudar?

—Te pagan para ello —dijo Sasuke con tono tenso.

—Quizá no lo suficiente.

—Mira, si van a empezar a revolvésete las tripas...

Reginri se encogió de hombros.

—De acuerdo, no soy un profesional en esto. Vine sobre todo para ver el drongheda. Pero una vez lo has visto, este equipo electrónico tuvo parece totalmente inadecuado. Si esa cosa de ahí fuera decide darme un achuchón...

—No lo hará. Nunca lo ha hecho.

Por sus audífonos les llegó un corto y seco ladrido. Era la risa de Vanleo, resonando huecamente en sus cascos. Vanleo se les acercó, con largos y fáciles saltos a lo largo de la línea del agua.

—Nunca ha ocurrido, así que, ¿por qué tiene que ocurrir ahora? Mala lógica. El hecho de que una serie tenga varios elementos iguales no quiere decir que sea infinita.

Reginri sonrió cálidamente, feliz de que el otro hombre hubiera vuelto. Había una cualidad fría y despiadada en Sasuke que le hacía rechinar los dientes.

—Amigo Sasuke, no le ocultes al muchacho lo que ambos sabemos. —Vanleo le dio a Sasuke una amistosa palmada en la espalda—. Los dronghedas son un enigma. Brillantes, misteriosos, enormes intelectos..., y es presuntuoso fingir que comprendemos algo de ellos. Todo lo que somos capaces de seguir son sus matemáticas..., y quizá eso sea lo único que queremos ver. —Una brillante sonrisa frunció su rostro.

Vanleo se volvió y estudió en silencio los cables que brotaban de las dunas y penetraban en la línea de resaca.

—Parece que todo está bien —dijo—. La marea empieza a retirarse.

Se volvió bruscamente y miró a Reginri a los ojos.

—¿Has recuperado el valor, muchacho? Estuve escuchando por el audio del traje.

Reginri se agitó, inquieto. Sasuke era irritante, pero al menos sabía cómo tratarlo. Vanleo, en cambio... De alguna forma, la firme e intensa mirada de Vanleo lo inquietó. Reginri desvió los ojos hacia el drongheda y sintió un creciente temor. Se volvió impulsivamente a Vanleo y dijo:

—Creo que me quedaré en la playa.

El rostro de Vanleo se inmovilizó. Sasuke emitió un brusco sonido salpicante y empezó a decir:

—Otro maldito...

Pero Vanleo lo cortó con un brusco movimiento de su mano.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó suavemente.

—Yo..., no me siento con ánimos de meterme dentro.

—Oh. Entiendo.

—Quiero decir, no sé si esa cosa no va a... Bueno, es la primera vez que hago esto y...

—Entiendo.

—Te lo diré. Iré con vosotros, de acuerdo. Me quedaré y cuidaré de que los cables no se enreden..., ya sabes, el trabajo que se supone que debéis hacer vosotros. Eso me dará la oportunidad de acostumbrarme al trabajo. Luego, la próxima vez...

—Eso puede ser dentro de varios años.

—Sí, de acuerdo, pero...

—Estás poniendo en peligro el éxito de toda la expedición.

—Carezco de experiencia. ¿Y si...? —Reginri hizo una pausa. Sabía que Vanleo tenía la lógica de su parte. Aquel era el primer drongheda a su alcance que conseguían avistar en más de dos años. Muchos de ellos derivaban a lo largo de la escarpada costa, meciéndose en los bajíos, pero la mayoría se quedaban sólo un día o dos. Este era el primero en mucho tiempo que se había anclado junto a la orilla, en un bajío resguardado y conveniente. El satélite de observación lo había detectado, había observado que su regular esquema de movimientos seguía el ritmo de las mareas. Así que Vanleo había lanzado la señal, había avisado a Reginri y al equipo de guardia, y habían partido de Persenuae en una nave rápida...

—Una patada en el culo es lo que necesita —dijo bruscamente Sasuke.

Vanleo sacudió la cabeza.

—Creo que no —dijo.

El desprecio en la voz de Sasuke hizo más firme la resolución de Reginri.

—No pienso ir dentro —dijo.